

Josefina Plá

AVENTURA Y DESVENTURA DEL ORO EN EL PARAGUAY

Aventura y desventura del oro en el Paraguay

Presentación

Desde los tiempos de Colón y Pizarro, el oro ha sido el motor de la historia del Paraguay en todos los siglos. El oro y el platino, los metales preciosos, han sido el eje de la actividad económica y social del país. En el presente, el oro sigue siendo un elemento clave en la economía paraguaya. Este libro analiza la historia del oro en el Paraguay, desde su descubrimiento hasta el presente. Se examina el papel del oro en la economía paraguaya, su explotación y su comercio. Se discute también el impacto del oro en la sociedad paraguaya, especialmente en el ámbito de la minería y el comercio. El libro es una obra de referencia para los interesados en la historia económica y social del Paraguay.

Este libro es el resultado de una investigación realizada por la autora, quien ha consultado una gran cantidad de fuentes primarias y secundarias. El libro es una obra de referencia para los interesados en la historia económica y social del Paraguay.

Historia Paraguaya

Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia
Vol. XX - Asunción 1983

AVENTURA Y DESVENTURA DEL ORO EN EL PARAGUAY

(Disertación leída por la Dra. Josefina Plá, al incorporarse como Académico de Número, en sesión del 9 de junio de 1983)

Presentación

Desde hace más de treinta y cinco años periódicamente repaso la historia del Paraguay en busca de temas. Y desde el principio, me intrigó en cada una de esas peregrinaciones bibliográficas o de archivo, no la frecuencia, sino la forma en que el oro aparece en la crónica. Tratándose de la América colonial, la frecuencia no sería extraordinaria. El oro es algo omnipresente en ella en esos siglos. En el Paraguay sin embargo esa presencia fue paradójica: una presencia fantasmal y negativa, la de una ausencia irrestañable y un engaño constante. El oro no cesa de aparecer en innumerables episodios y peripecias para enseguida desaparecer: interminable y dramático juego al escondite.

Llegó el momento en que la intriga se me hizo interés concreto; y al cabo de otro tiempo más me encontré con un libro escrito.

Un libro que, si a pesar de ser historia pura no resulta tan apasionante o intrigante al menos como una novela, será

exclusiva culpa mía. Pues no falta en él nada de lo que hace el interés y la fascinación de la novela: lo real hecho inverosímil.

Puesta a elegir materia para el acto de ingreso en esta docta Corporación en cumplimiento de lo estatuido por ella, pensé en ese tema. Pero como no es posible leer todo un libro, procedí a su resumen. En el resumen se desvanecen lógicamente relieves, se pierden anécdotas, detalles y brochazos de época que pueden dar incentivo a un relato; ello es inevitable. Espero que este resumen de 150 páginas en 20 no resulte en exceso esquemático, desabrido o escasamente sugestivo.

Dice la longeva astrología que las naciones tienen su horóscopo como los individuos. Y en su horóscopo, como ellos, su metal. Si eso es cierto, podríamos asegurar que en el horóscopo del Paraguay el genio metálico no es el de los metales preciosos.

Y sin embargo, su historia está como aduendada por el oro. Otras regiones pródigas en rico metal pudieron olvidar fábulas, porque se ocuparon sólo de recoger el metal. Aquí todo fue leyenda; si alguna vez ese oro fue realidad entre las manos, fue para enseguida desvanecerse, desaparecer. De los sueños y esperanzas de cuatro siglos sólo quedó un eco; el eco de las primeras palabras pronunciadas: Río de la Plata.

Este nombre en efecto se lo puso ya, según Centenera, Solís. El primer español que tocó estas orillas y aquí dejó los huesos. Dejó también unos cuantos marineros desgarrados, quienes luego de aventuras injustamente jamás escritas, alcanzaron Santa Catalina. Allí, con otros desertores o

abandonados, formaron el primer asiento español por esos lugares.

Fueron estos marineros cimarrones los que con sus relatos encendieron la imaginación de Alejo García; le llevaron a través de selvas, desiertos y ríos; arrastrando tras sí centenares de indígenas ávidos de aventuras, hasta las faldas del Ande. Y regresó con un tesoro que con él desapareció a mitad de camino. Sólo unas pocas libras de plata y oro llegaron a Santa Catalina, y propagaron su brillo y su retín por toda la costa del Brasil.

El áureo tintineo, como voz de sirena, desvió el timón de Gaboto. Y éste, enviado por la Corona a las Molucas, se coló Plata adelante en busca de un oro que se le antojó más fácil que el de Ofir. Gaboto, dicen, realizó trueques que le hicieron creer en los paraísos del metal. Dicen también historiadores que esos "trueques" que Gaboto creía producto de un nuevo Cathay, eran simplemente los dispersos despojos de García. Razones sobre las cuales no nos vamos a extender, desmentirían esta versión; pero si ella fuese cierta, el hecho constituiría en cierto modo la más tremenda de las ironías...

Aunque Gaboto subió por el Paraná hasta Itatí y por el Paraguay hasta el Bermejo, para regresar a España con sólo una onza de plata per capita por todo botín, no volvió desengañado. A la leyenda del Río de la Plata; a la de la Sierra de la Plata y el Rey Blanco, Gaboto añadiría la de los Césares y su Elelín.

Tras su huella, pues, el Río de la Plata no hizo sino expandir más deslumbrantes sus argentados reflejos. Sólo unos años de tregua, impuesta por la circunstancia: y se pone en viaje la Armada de Mendoza; la más lúcida que jamás se reuniera para América hasta entonces: rutilante de apellidos, de equipajes y de esperanzas. Tocar tierra y surgir

otra vez las calamidades, todo fue uno. No haremos recuento de los desastres: hambres, discordias, pestes, matanzas. Por fin, Ayolas viaja río arriba, en pos de la argentada Sierra. Su expedición se ve coronada, según parece, por un botín copioso; pero remata, como la de García, en catástrofe. Desaparecen el capitán y sus compañeros, con el tesoro duramente cobrado, nunca recuperado.

Jamás sabremos nada de las peripecias de esta expedición; sus jornadas, sus enfrentamientos y experiencias. La empresa de Ayolas, como la de García, entran en un misterio impenetrable, que devora huesos y tesoros. Pero de lo que pudieron ser esas peripecias, dan idea aquellas por las que hubieron de pasar expediciones sucesivas, y de las cuales han quedado relatos. El esfuerzo físico y espiritual representado por cada una de esas empresas es casi inverosímil en su magnitud, y sólo un Ricardo Rojas podría darle su auténtico relieve.

Los descubridores, sin embargo, no escarmientan. Mala cosa es que el oro se pierda: pero que se haya perdido, significa que existió; y esto es lo que importa. Que lo diga Pancaldo, el genovés, quien encandilado por los remotos reflejos atiborró su navío de ricas mercaderías, y se vino a buscar clientes entre los peruleros. Se ve no obstante varado en Buenos Aires, donde los pocos colonos allí varados también a su modo, aunque tenían muchas necesidades y también sueños, no así oro. Se vino con ellos hasta Asunción y encontró otros clientes que tampoco tenían oro, pero tenían más cerca la esperanza de hallarlo. Y les vendió cuanto llevaba, "a cuenta del oro que hallarían". Por supuesto, no cobró nunca nada, y aún se pueden encontrar en Archivos pagarés de esa guisa. Seguramente los que le sobraron a Pancaldo después de empapelar su cámara con ellos.

Apenas el intervalo necesario para reponer fuerzas y los españoles vuelven a "las entradas". Fracasada alguna intenciona de Irala —Irala, llamado "el afortunado", no podía

tener suerte en todo —También fracasadas las de Cabeza de Vaca. Inclusive la segunda, la *gran entrada*, que reunió hombres y pertrechos suficientes para conquistar el Perú, si no hubiese estado en la fecha conquistado. Y no hablemos de la "mala entrada" que se dio el lujo de llamarse así, acá donde no había habido ninguna buena, porque desde Ayolas, nada que se pareciera al oro, provino de ellas.

Ya que no oro, los españoles deberían ganar experiencia en cada aventura. Pero es probable que tampoco experiencia ganasen, si juzgamos por la reincidencia de dificultades y quebrantos. Morían los hombres, se agotaban los recursos y el oro no aparecía. Mientras, al Este, del Atlántico al Paraná y más acá, las tierras, sin fundaciones ni vigilancia, eran poco a poco cubiertas por el lusitano.

En 1553, sin embargo, y cuando de este lado están más bajas las esperanzas, un retifir de oro baja del Guairá. Los colonos se percatan por fin de que conviene tomar en cuenta esa región. Y se fundan Ontiveros y Ciudad Real, y más tarde Villa Rica, nombre de favorable omen que no llegó a realizarse en metal; aunque la crónica de esa ciudad sea magnífico blasón. Un desengaño más. Un día no obstante los sueños encienden, de nuevo, llamarada; se ha encontrado, no oro, pero sí piedras preciosas. Es conocido el episodio famoso de las "piedras brillantes". Por un rato aquellos colonos se creyeron dueños de los tesoros de Golconda. Poco duró la ilusión. Otro tesoro desvanecido, aunque esta vez con más risueños que trágicos contornos.

Las dos últimas expediciones o entradas se efectúan cuando ya han sido fundadas por lo menos dos ciudades en el Guairá. Las realiza alguien que, llegado en 1542 con Cabeza de Vaca, en raro momento ha permanecido inactivo. Siempre dispuesto para acudir adonde es necesario: hacer de correo, acompañar entrada, o sofocar una rebelión. Es la *flecha humana*, Nuflo de Chaves.

La expedición de Nuflo de Chaves a los Xarayes, en 1558, fue básicamente una misión diplomático-administrativa. Debía establecer, en buena relación con los Xarayes, una ciudad, en esos lugares; fundación indispensable para el proceso de encomienda, y a la vez escala para contacto permanente con el virreinato del Perú. Sólo que Nuflo de Chaves no pudiendo con su genio, se desvió de las instrucciones y metiéndose con su gente tierra adentro, llegó hasta los Chiquitos y más allá, entrando en el territorio de los Moxos. Nada obtuvo sin embargo, salvo los ocasionales trueques.

Esta entrada tuvo sin embargo especial significado, porque en su curso se fundó Nueva Asunción entre el río Guapay y la laguna de Mapá, primero; y luego Santa Cruz de la Sierra, destinada a perdurar y vivir prósperamente hasta hoy. Y porque durante ella tuvo lugar el encuentro y tropiezo con Manso. Como es sabido, los choques con éste (que recorría esas regiones para poblar, por orden del Virrey del Perú, en la región del Parapetí) y la subsiguiente intervención de las autoridades coloniales, mostraron su real importancia siglos más tarde, cuando se trató de dilucidar documentalmente los límites entre el Paraguay y Bolivia.

Más sensacional todavía aunque no se tradujo en áureos éxitos o hechos permanentes, fue la segunda entrada, la de 1564. Responsable, el mismo Nuflo de Chaves.

De regreso de esa expedición y fundación de Santa Cruz, Chaves se traía esperanzas y propósitos personales no bien dilucidados. El caso es que hizo correr versiones sobre la importancia del asentamiento de Santa Cruz, su proximidad a territorios áureos, y fomentó un entusiasmo que poco a poco ganó a todos, inclusive a las autoridades. Más de 1.000 habitantes de Asunción, con otros tantos indígenas encomendados, Gobernador y Obispo al frente se aprestaron a tomar parte en la nueva "entrada" abandonando una vida

ya arraigada y estable para lanzarse de nuevo, esta vez familias enteras, a través del Chaco, para trasladarse a Santa Cruz, con el riesgo de dejar a Asunción despoblada.

Fue un capítulo que pudiera llamarse demencial en la historia de la colonia. Aventura audaz y disparatada que sólo podía concebir y llevar a cabo un Nuño de Chaves. Aunque urgido indudablemente en lo profundo por el efervescente egocentrismo del hombre de aventura en el pensamiento de Chaves palpitan semitonos grandiosos. Sus palabras "hay que poblar y desencantar la tierra" (en lenguaje caballeresco *desmitificar, hacer realidad*) son altamente significativas. Retiñen a través de los tiempos con un sonido tan áureo como el de las pepitas de sus sueños. Chaves fue un alma de argonauta, quizás también con algo de poeta. Personalidad imantada, carismática.

Es conocido el epiflogo: el melancólico regreso de los expedicionarios disminuidos y siempre con las manos vacías a la capital donde fueron recibidos con mucho agrado los hijos pródigos, y todo volvió a su cauce. Y lejos de Asunción, el final de Chaves. Muere fiel a su ley, que lo llevaba siempre en pos del azar, el peligro: empujado por las noticias de boca indígena acerca de la existencia de oro y diamantes, en la región llamada **Iribira**.

La suerte de Chaves hace triángulo trágico con la de García y Ayolas. Los tres arriesgados aventureros (en el mejor sentido de la palabra: el que señala el acrecentamiento de la estatura humana ante el desafío del misterio y el enfrentamiento con el riesgo). Tres imágenes impresionantes para una trilogía de los sueños del oro.

Los mitos del metal: La Sierra de la Plata, El rey blanco, El Dorado, Elelín

Aquí sería el lugar para un recuento breve de los mitos en los cuales cuajó el sueño del oro, tal como ellos se ofrecen inmobilizados ya en el paisaje de la historia. La Sierra de la Plata con el Rey Blanco, Elelín o la Tierra de los Césares. El Dorado.

He aquí la triforme presencia de un mito único que llevó a tantos miles a estrellarse contra el desengaño. Espejismos los tres; pero que, como todo espejismo, tuvieron una base física real. Nacieron de hechos que las imaginaciones transfiguraron y que la realidad geográfica, la distancia, los riesgos y cuantos hechizos aureolan lo desconocido se encargaron de exacerbar, de magnificar, y a la postre de confundir imbricando sus perfiles en el juego de los sueños.

La **Sierra de la Plata** (identificada con los dominios del **Rey Blanco**) urgió ya el viaje de García; en sus contrafuertes se detuvo su marcha y en ellos cosechó, como sobrante espuma, su botín. Entre las leyendas del metal, ésta fue la leyenda primera y capital hacia la cual confluyen o se derivan, según se mire, las demás referentes a la riqueza en esas regiones.

En lo que toca a la leyenda de **El Dorado**, éste fue el nombre de un lejano cacique, que en su traducción a la fantasía exacerbada se convirtió en el de un lago de oro; porque en la leyenda intervenía una laguna. También en los dominios del Rey Blanco había un lago: y esto hizo que los mitos se superpusieran. Estos rumores al descender desde las tierras prodigiosas de Venezuela y Colombia, de pueblo en pueblo indígena, vinieron a prender en los sueños del conquistador, quien, en la imposibilidad de discriminar entre datos tan confusos cuyo común denominador es un lago, hace de estas dos noticias una, fundiendo la laguna

de Guatavita con el lago Titicaca; su Coricancha y su imagen dorada del Sol, con el áureo cacique.

Elelín o la Tierra de los Césares sólo indirectamente se relaciona con la línea de nuestro relato; pero en su raíz no puede desvincularse de ella.

Esta leyenda tuvo su origen en Sancti Spiritus, cuando Gaboto dio permiso a alguien que con él iba, César de apellido, para salir con otros quince a "descubrir la tierra". César dividió el grupo en tres: cada uno fue en una dirección. De los tres, sólo regresó el capitaneado por César. De su excursión no queda otra cuenta que haber llegado a un lugar donde había "grandes riquezas en plata e oro". Si César tuvo noticias orales o algo más de ciudades llenas de tesoros, ellas no pudieron aludir sino al reino de los Incas, ya que éste era el único que podría así definirse, en cualquiera de las direcciones posibles para César. Pero en aquel tiempo y circunstancia, estas noticias, vagas y sin referencias fijas, dieron lugar a que los áureos lugares por ellas sucesivamente insinuados, flotasen en una "geografía del espacio" indefinidos y prestos a adherirse a otros o a multiplicarse en la fantasía: fueron el origen de **Elelín**.

No parece esta leyenda haber jugado papel mayor de levadura en los afanes del colono; sin embargo, la leyenda prosperó a ciertos niveles y movilizó inclusive "fuerzas vivas" en la metrópoli, urgiendo fundaciones en la Patagonia; dos ciudades, cuya historia, no muy conocida, encadena episodios que serían increíbles de no constar en documentos, como los de la ciudad **Rey Felipe**, dignos de una película de Bergman. Como reflejo de estos relatos lejanos, hallamos en 1586, un año después de la llegada de los primeros jesuitas al Paraguay y seis después de la segunda fundación de Buenos Aires, al Gobernador paraguayo Don Juan de Torres Navarrete, lanzando un bando en el cual convoca al vecindario, invitándolo, por una parte, a resucitar la di-

funta San Francisco del Vyazá, y por otra "en la noticia de los Césares o Elelín" (traducido al castellano actual: "siguiendo las huellas o rastros de Elelín"). Y justifica su resolución así: "por la mucha copia de naturales que hay en la dicha parte, para atraerlos al gremio cristiano y a la obediencia de Su Majestad; y otro sí, por la gran noticia de riquezas que tienen los dichos naturales... con que se podrá ilustrar esta provincia, pues cae en su distrito y jurisdicción...".

Así reabre Torres Navarrete cincuenta años casi luego de la fundación de la Casa Fuerte, el capítulo de las áureas aventuras. Da dos años de plazo para la inscripción, a partir de la fecha. Posiblemente a esas alturas de la historia los asuncenos necesitaban más que ese plazo para decidirse; pues no hay noticia de que jamás se realizara tal expedición.

Centenera, en una carta a la metrópoli anticipando ya la idea de la división de la provincia en dos gobernaciones, asigna, por supuesto, a Buenos Aires todo el territorio al sur del Bermejo con toda la conquista de aquella tierra que es hacia el estrecho de Magallanes, llamada "los Césares" por un fulano César que la descubrió; que se da por cierto que es muy rica de oro y de gente". Y Rui Díaz de Guzmán en su famoso mapa, escribe, arrojado al lado de Chile, por donde se va hacia el Estrecho: "Por aquí los Césares"... Menos mal que, escrupuloso, añade, "si los hay..."

Siguiendo el proceso natural metamórfico de toda leyenda, la "tierra de los Césares" acabó por dar nombres a sus desconocidos habitantes, que pasaron a llamarse indios césares en mapas y documentos. Así sucede en el mapa de Quiroz de 1618, en el cual, entre Chile y la costa atlántica al Este de los Andes, reza: "Provincia de los Césares"; y se ve un lago y junto a él se lee: "alrededor de estas lagunas hay muchas poblaciones de indios que se llaman "césares". (Hasta se llegó a fijar con precisión la situación de dicha laguna: cuarenta y un grado once minutos de latitud austral). La "tierra de los césares" como la Tierra del Verde

Jengibre, viajaba con los sueños del geógrafo. Todavía en 1662 Gerónimo Montemayor, Padre jesuita, hizo una entrada tierra adentro del lado de Chile, y descubrió una nación de indios cuyas señas coincidían con éstos (los indios céres)...

Después de esto ya no se oyen más noticias sobre los Césares. Y lo único que se saca en claro de esta serie de espejismos cesarianos es, conforme anota Domínguez, que la Patagonia por mucho tiempo perteneció al Paraguay...

La condensación o transformación de las leyendas del oro; su circunscripción al territorio propio, comienza precisamente cuando debieran considerarse definitivamente apagados los rescoldos de la misma; es decir, cuando ya debería haberse renunciado a encontrar el oro; no sólo fuera, sino también dentro de esos límites.

En el lapso comprendido entre la "mala" entrada o próximo a él, y la llegada de los jesuitas, dos acontecimientos importantes han tenido lugar: uno, el establecimiento de la encomienda; otro, la venida de dos armadas portadoras de algo mucho más precioso aún que el oro para la vida de estas comunidades: contingentes femeninos para la fundación de hogares. Estos hechos era preciso aportasen fermentos, estímulos nuevos a la vida material y espiritual del colono. Sin embargo, los sueños siguen aduendando la vida colonial. No queremos lanzar la idea de que en la ampliación de ellos haya tenido parte la grey femenina. Es posible; aunque no era necesaria esta presencia para alimentar embelecocos. La verdad es que más se arraigaban los colonos en la tierra, y más se identificaban con el mate y la hamaca, más altas crecían en ellos las llamaradas de la fantasía y adquirían perfiles más fastuosos los relatos de las riquezas entresonadas. Centenera, llegado al país en 1575, halló hecha ya —pues la transcribió— la descripción y pintura de esas riquezas, vinculadas a la metrópoli fabulosa del Gran Moxo:

Si la muerte no teme a questa gente...

(se refiere al regreso de Don Alvaro, intimidado por el mal estado de los caminos)

... el argentino fuera más somoso
el día de hoy; que nueva ciertamente
se tuvo aquí de un indio belicoso.
La plata y oro bello y reluciente
se han visto; no es negocio fabuloso..

(es decir, no es cuento)

...que cántaros de oro a maravilla
tenía aqúeste indio, y gran vajilla...

Preso ya del hechizo del relato oral, Centenera describe el lugar, residencia, morada del "indio" y más detalles de la susodicha ganga. El mencionado "rey moxo" habitaba una laguna rodeada de poblaciones

... de tal belleza y hermosura.
que exceden a la humana compostura..."

Esta casa del Gran Moxo era labrada de piedra blanca hasta el techo, con dos torres muy altas a la entrada; en medio de ellas una grada, y un poste a la mitad de ella derecho,

"...con dos vivos leones a los lados,
con sus cadenas de oro aherrojados."

Sobre este poste o columna de veinticinco pies de alto había puesta

..... una luna,
que relucía en toda la laguna"...

y comenta a este propósito nostálgicamente el Arcediano:

"Quién hay que no tomara una tajada
de la luna, aunque fuera de menguada
(menguante)

Habla luego de plazas, surtidores, arboledas y una serie de detalles urbanísticos; de una fuente de pura plata, de nueve pasos de perímetro,

...con cuatro caños de oro, bellos,
que yo sé quien se holgara de tenellos..."

Si las fuentes eran de plata, la puerta del palacio era de cobre; pero la descripción que hace del portero es más la de un cancerbero (salvo el ausente detalle de las tres cabezas) que la de un cortés recepcionista en un palacio hecho para el lujo y la felicidad; pero esto es lo de menos. En la sala a la cual esta puerta da paso, hay una alta capilla de plata, con cuatro lamparillas a los lados, cada una con su vigilante; es el santuario de un enorme sol:

...“es de oro fino el sol allí adorado:
mas hay alguien que de él sea desechado?”

Y así prosigue, hasta agotar, no el oro, pero sí la fantasía.

Los primeros jesuitas como se sabe llegaron en 1585, pero hasta 1609 no realizan labor reduccional, sino de tanteo apostólico y de afirmación institucional (colegios). Intervienen irremisiblemente algunas veces en cuestiones entre encomenderos y encomendados, con no poco enojo por parte de los primeros; esto no contribuye a su afianzamiento local. Más de una vez, como sabemos, estuvieron a punto de abandonar su propósito.

Sólo en 1609, ya convencidos los colonos de que no existe otro modo de avanzar en la empresa de captación del indígena, emprenden por fin los Padres paralelamente la reducción y cristianización de los indios entre el Yguazú y Paraná-panema, y en la región que hoy llamamos Alto Paraná. Nótese, que en los años transcurridos desde 1585 hasta el inicio en firme de la labor reduccional, no se suscita cuestión alguna en que intervenga el oro.

No se deja entrever que en esa actitud antagonística entrase en alguna proporción el temor de que los jesuitas pudiesen ocasionalmente apoderarse de riquezas hasta entonces nunca comprobadas. El antagonismo parece haber tenido fundamento exclusivo en el obstáculo que las reducciones representaban para la encomienda: la liberación de encomienda otorgada al indio reducido no armonizaba con sus intereses. Esto explica sobradamente que cuando los mamelucos, a partir de 1629, comienzan a atacar las reducciones del Guairá, éstas no reciben de la colonia la ayuda que cabía lógicamente esperar: prácticamente no recibieron ninguna. Los colonos conspiraron así absurdamente contra sus propios intereses, ya que las Misiones recién creadas constituían baluarte y seguro de posesión de la Corona marcando límites en esas latitudes. Iban inclusive contra sus propios sueños del oro.

Son bien conocidos aquellos tristes episodios y no será preciso insistir sobre ellos. Sólo recordar que los mamelucos se llevaron esclavos a más de sesenta mil indios conversos o reducidos, pero no se llevaron oro o plata alguna, a no ser metal sagrado: el de los vasos de altar traídos de la metrópoli o del Altiplano; y quizá tampoco mucho, porque los misioneros consiguieron en una u otra forma, esconderlo.

Pasado el período crítico, cuando otras misiones asentadas en lugares más seguros y sobre todo resguardadas por las armas, van camino de la prosperidad, es decir, cuando entra en etapa definida la competición comercial entre Misiones y Encomienda, es cuando la leyenda del oro misionero surge y persiste en forma increíblemente pertinaz, envenenando la atmósfera hasta el final.

Los colonos traspasan a los jesuitas su complejo áureo. El origen de estas leyendas se encuentra en la psicología de frustración en el colono: su resistencia a aceptar que con sólo el trabajo comunitario y metódico hubiesen podido llegar las Reducciones a tal grado de bienestar.

Innumerables documentos coloniales señalan esta obsesión que en algunos casos adquiere relieves trágicos y en otros perfiles agudos de farsa.

La prosperidad misionera y las leyendas del oro

Sabemos que en las Misiones no circuló nunca una moneda de plata o de oro. Tampoco en la colonia; hasta entrado el siglo XVIII en ésta circuló como sustituto la cuña; pero en las Misiones ni eso. En la colonia es posible que llegasen de vez en cuando monedas de oro o plata sueltas; a las Misiones jamás. Es cierto que los jesuitas dispusieron en los centros de comercio de la provincia (Buenos Aires, Córdoba, etc.) de grandes sumas en plata y oro porque la moneda circulaba en esos centros; y en ella se realizaban las transacciones de los productos misioneros. Anglés y Gortari asigna a esas sumas gran importancia (del orden de las seis cifras). Pero de ese efectivo, nada llegaba a los pueblos. Sólo llegaban los materiales y objetos necesarios comprados con parte de ese numerario. Pero todo metálico no invertido en materiales necesarios salía para Roma. El mismo Gortari, a pesar de su evidente parcialidad, no atribuye en ningún momento a los misioneros la posesión o usufructo de minas de oro, aunque alude a los talleres de orfebrería de Misiones, donde se trabajaba abundantemente la plata. Esta, como el oro, se adquiría en el Altiplano.

Dice Dobrizhoffer: "En toda Paracuaria no se acuña una moneda ni en nombre del Rey ni de otro". Es verdad que se anota en la crónica fabulosa de Misiones el caso del famoso Nicolás I "Rey del Paraguay y Emperador de los Mamelucos" quien habría al parecer acuñado monedas como tal. Pero ellas se acuñaron en Quito; y este Nicolás no existió jamás.

La aseveración de que los jesuitas descubrieron en los territorios en que se asentaban las Misiones —en especial algu-

mismo Padre Dfáz Taño, por otro documento se conminase nominalmente a los mencionados "a que se muevan a maninas de las próximas al Uruguay— minas de oro o de plata que explotaban con gran provecho no cesó sin embargo, de circular con intermitencias desde mediados del siglo XVII hasta el final de las Reducciones.

Esta fábula fue una de las armas más poderosas esgrimidas contra las Misiones. Bien observó Charlevoix: que "más daño hizo a las Misiones la falsa opinión sobre sus tesoros que su auténtica pobreza".

No es de extrañar que esos cuentos llegasen alguna vez a las altas esferas y dieran motivo a indagaciones formales. El quizá primer caso tiene lugar cuando apenas las Misiones se reponían del tremendo golpe que había significado la destrucción de los trece pueblos del Guairá: concretamente durante los primeros años del Obispado de Cárdenas. Dice Millé, refundidor y comentarista de los cronistas jesuíticos:

"En cierta oportunidad, un indio llamado Ventura, fugitivo de Yapeyú, adonde había llegado huyendo de Buenos Aires, presentó, inducido por su amo, al Gobernador Láriz una voluminosa documentación avalada con dibujos en la que se detallaba, al parecer con toda precisión, el sitio donde se encontraban en el Paraguay las minas de oro, plata y piedras preciosas, dando detalles y hasta planos de las fortalezas que los jesuitas habían construido para defender sus tesoros".

Láriz, por entonces gran enemigo de los jesuitas, le prestó plena fe y juntando una numerosa escolta —indio Ventura y planos por delante— decidió encaminarse a las Misiones, con el pretexto de visitarlas, pero con el real propósito de descubrir el escondrijo donde los jesuitas guardaban sus fabulosos tesoros.

Temeroso entonces el Obispo Cárdenas de que el Gobernador descubriese lo que él mismo sabía que era sólo una

patraña, escribió a Láriz tratando de disuadirle del viaje. Pero el Gobernador viajó. Desde la Reducción de Itapúa expidió un auto en el cual solicitaba del Obispo Cárdenas datos concretos sobre la ubicación de los tesoros que buscaba y no encontraba; y pedía le enviaran personas sabidoras que le guiaran. Cárdenas contestó acumulando nuevamente injurias contra la Compañía pero sin referencia alguna a la ubicación de los tesoros. Lo mismo hacían los otros, solidarios en la acusación, y a los cuales Láriz pedía ayuda. En suma, todos los complicados en la denuncia escurrían uno tras otro el bulto, tratando de eludir su responsabilidad en el asunto. Contestaban con evasivas a los urgentes requerimientos del Gobernador; nadie ofrecía datos concretos.

Al cabo Láriz, cansado de trasegar tanta pintoresca documentación, decidió incoar proceso a quien más a mano tenía: el indio Ventura. Este optó por negar todo lo afirmado anteriormente. Tras una laboriosa indagatoria, digna de ser leída por los aficionados a la ciencia-ficción, fue condenado Ventura a doscientos azotes administrados en la plaza pública de Santo Tomé, y destierro perpetuo de las Provincias del Paraguay. Evidentemente, la piola se rompe siempre por lo más delgado.

No termina sin embargo en lo referido ese pleito pintoresco. Poco tiempo después, el Oidor de la Real Audiencia de Charcas, Gobernador Blásquez de Valverde, lanza un bando en Asunción para que "todos los que supieren o tuvieren noticia de los minerales de oro que se dice tienen los Padres de la Compañía de Jesús en el Paraguay y Uruguay lo manifiesten". (Se dice que esta decisión de Blásquez fue inspirada por el propio Padre Dfaz Taño, quien sin duda deseaba quedase aclarado este asunto una vez por todas).

Como era de esperar, ninguno de los antiguos delatores de la Compañía se presentó. Lo cual motivó que, a pedido del mismo Padre Dfaz Taño, por otro documento se conminase nominalmente a los mencionados "a que se muevan a

manifestar a S.S. lo que por cartas, informes, instrucciones y poderes habían afirmado; y no lo haciendo por el premio, sean obligados por rigor o castigo a hacerlo”.

Veintitrés eran los emplazados. A los ocho días nadie había contestado. El estímulo del premio por lo visto no operaba. El Gobernador insistió, previniéndoles se preparasen para la jornada que con él habían de hacer para llevar a cabo “el descubrimiento”.

Llegado el plazo, los veintitrés requeridos presentaron por grupo o individualmente instancias aduciendo sendas razones para “ser excusados de hacer el viaje para dicho descubrimiento”. Para decirlo más corto: se había apoderado de todos un súbito y contagioso desgano turístico. Sólo uno entre todos, el más infeliz, un indio llamado Domingo, “habiendo recibido el santo viático, descargó su conciencia con una amplia retractación ante escribano”.

No obstante, el viaje conjunto se realizó: lo que no se realizó, por supuesto, fue el hallazgo de las dichas minas. Como consecuencia cada uno de los delatores se vió condenado a pedir perdón públicamente a los Padres de la Compañía.

¿Se acabó con esto el embeleco de las minas de Misiones? No señores. Escuchemos como botón de muestra al Padre Techo:

“Los autores de la referida calumnia añadieron otra más grave. Dijeron que los jesuitas extranjeros habían enviado remesas del oro extraído en el Uruguay a los portugueses y franceses, enemigos a la sazón de España, y con el cual hacían pertinazmente la guerra a esta nación. Decían unos que estando en el ejército de Bélgica cuando éste sitiaba una ciudad en la Picardía, los adversarios que estaban desanimados saltaron de repente de alegría, con lo cual se conocía bien cómo acababan de recibir noticias favorables; investigaron los jefes españoles qué podría ser aquello; y supieron por

conducto de los espías que los sitiados habían recibido una gran suma de oro bastante para satisfacer sus necesidades. Preguntaron cuál era la procedencia de tales riquezas y se vino a deducir que venía de América remitidas traidoramente desde el Uruguay...”

Todavía al tiempo de la expulsión continuaba la leyenda del oro; aunque ahora el eje de la obsesión no lo eran las minas. La fábula había adoptado otra forma. Según ella, los beneficios que los Padres obtenían con el comercio (favorecidos por la Corona, como sabemos, con privilegio) eran fuente de fabulosas riquezas, y a los Padres no les bastaban las manos para amontonar esas monedas en los sótanos misioneros. Que Anglés y Gortari en su famoso libro, refutase, sin quererlo, estas insidias, no sirvió de nada. Como prueba de ello, recordaremos sólo un hecho que demuestra que todas las cosas, a poco que se la busque, tienen su faz cómica. Bucareli, encargado de llevar a cabo la orden de expulsión y levantar el inventario de cuanto en las Doctrinas pudiera hallarse, se hizo la idea de que podría costear el viaje de los jesuitas de la Provincia a Europa, y demás gastos que el extrañamiento demandara (inclusive provisión de efectos personales a los desterrados) con la moneda que sin duda, hallaría acumulada en los pueblos. Pero en éstos no encontró un grano de oro ni de plata sino bajo la forma de vasos sagrados. Podemos imaginarnos la creciente tribulación de Bucareli, a medida que los requerimientos del traslado se hacían mayores al acumularse los Padres en Buenos Aires y no aparecía ni un maravedí para costearlos...

Terminamos con las palabras del mismo Dobrizhoffer:

“Si la naturaleza hubiera adjudicado a este país oro y plata hace tiempo que los españoles habrían abandonado sus dos industrias fatigadas: la ganadería y la preparación de la yerba paraguaya. Los indios habrían sido condenados a la minería y de ahí se habrían resistido a toda fuerza contra la

religión y la amistad con el aborrecimiento que siempre ha acarreado la servidumbre”.

Se encarga de remachar, simple y contundente, el Padre Díaz Taño:

“Tampoco nosotros habríamos convertido a tantos miles de naturales a nuestra fe. De modo que la falta de minas o de su descubrimiento es un beneficio de la providencia y una felicidad para la provincia Paraquaria”.

Los espejitos y el oro

Tras lo apuntado, que es muy poco comparado con el enorme fárrago documental que pudiera transcribirse, cómo desarraigar del pensamiento común la idea de que al venir a América el español sólo venía buscando pepitas de oro o de plata o un puñado de piedras de Bohemia u otras igualmente valiosas?

Por supuesto que los que se embarcaban venían dispuestos a pasar por todo lo que fuese menestar —y que lo pasaron, lo pasaron— a cambio de algo para sus libretas de ahorro. Muéstrénnos un conquistador, desde los tiempos de Cambises, verbigracia, hasta los de hoy, en que se disfraza de despensero coreano, que en su afán de mejora y aventura no haya sido acuciado por la búsqueda de algo más de lo que ya tenía.

A la luz de cualquier sensata teoría de la historia, los conquistadores no obraban sino de la más natural y lógica manera. Querían oro porque la riqueza, o sea el poder, se pesaba entonces en oro y en balanza. Más oro más poder. Y hoy sigue siendo igual.

Y aquí viene a cuento el cuento de los cambios de espejitos por oro. Valdría la pena reflexionar algo sobre el particular en lugar de insistir en la actitud chirle ya de puro repe-

tida, de acusar al español de abusar de la ingenuidad del indio. Dice un famoso economista moderno: "La ingenuidad en rigor era del español; no comprendía que la función del oro en las Indias pudiera ser distinta que en la Europa".

Para nosotros, el oro es oro, cosa preciosa: y el espejito, cosa del bazar de diez centavos. Pero entonces, frente a frente el indio y el europeo, cada uno con su visión diferente del hombre y del mundo y de las finanzas, la cosa era muy distinta. El oro no era importante en sí para el indio: se colgaba un pedazo al cuello como se podía colgar un diente de tigre. En el mejor de los casos, tenía valor de trofeo, o se lo aplicaba a la frente, para que el metal herido por la luz, destellase "y asustara con sus relámpagos a sus enemigos". No valía para él más de lo que pudiera valer un cuarzo pulido, una sarta de semillas.

El espejo, en cambio, significaba el encuentro con la magia de un mundo nuevo: el ingreso en un territorio de maravillas, donde las cosas, conservando su realidad óptica se hacían intangibles. Con o sin espejo: dos cosmovisiones, dos culturas. Para el europeo la magia del oro; para el indio la magia del espejo. Jugando con el vocablo a lo Unamuno: Espejismos ambos.

Hay algo sin embargo más, muy importante, y que se olvida casi siempre por rutina a veces, y a veces deliberadamente. Los descubridores "no trocaban" sólo espejitos: trocaban también cosas que para ellos mismos eran preciosas, en las circunstancias por las cuales atravesaban. Herramientas como hachitas, cuchillos, martillos, escoplos, tijeras, anzuelos. Útiles de hierro; metal que para el español era aquí algo prácticamente insustituible en las primeras épocas, cuando no era posible obtenerlo localmente ni por importación sino muy escaso, como sabemos. Y llegó, como también sabemos, a ser moneda.

El trueque o sencillamente obsequio de esas herramientas aparece a cada instante; en los documentos de la época.

Cabeza de Vaca en su viaje desde Santa Catalina a Asunción llevaba consigo una fragua: cada vez que la expedición se detenía para descansar y revituallarse, la fragua funcionaba para fabricar con las pocas preciosas cuñas de hierro algunas de esas herramientas con las cuales se retribuían gentilezas indígenas, se hacían "trueques" o se pagaban las vituallas recibidas.

Refiriéndose a esto, ha podido decir Natalicio que el indígena pasó de una vez y masivamente del neolítico a la edad del hierro.

El oro y las misiones orientales

A la sospecha tardía, o mejor reactualizada, por ciertas circunstancias de que existían en el territorio de las Misiones orientales ricos yacimientos de oro (hasta el punto de decir alguien a los misioneros de esa región: "por donde pasáis pisáis oro") atribuye Dobrizhoffer que el Gobernador de Río, Freire de Andrada, "aconsejara a la corte de Lisboa el trueque de la Colonia de Sacramento por las siete Misiones Orientales".

Comentando el hecho de que después de una cruel y dolorosa guerra que terminó con la expulsión de treinta y dos mil guaraníes de sus hogares la Corte de Lisboa no ofreciera obstáculos mayores para volver sobre sus pasos, cuando el sucesor de Fernando VI denunció el Tratado, dice Dobrizhoffer que durante la guerra los portugueses habían tenido ocasión de reconocer el territorio y explorarlo detenidamente en busca de oro.

Convencidos de que no existía en todo él una pajuela del metal, y perdida la ilusión por ese territorio, no tenían motivo para oponerse a la renovación del Tratado. Es una versión que merecería ser estudiada. Sobre todo teniendo en cuenta que otros territorios incluídos en el Tratado, como la provincia antigua del Guairá y los Campos de Vera, "con la

aurífera Cuyabá" (cuya entrega a Portugal no se explica sino por total ignorancia e insolvencia política y diplomática) no figuraron entre los devueltos. Esta habría sido, en suma una última "entrada" en nuestra historia, sólo que a la inversa... y con resultado igualmente vano.

Ningún desengaño parecía sin embargo hacer mella en los colonos. Seguían empeñados en la idea de que aquellas tierras encerraban grandes riquezas en plata y oro y piedras. Hasta en los periódicos europeos de la época aparecieron alguna vez noticias fascinantes. Refiere el mismo Dobrizhoffer haber leído en la Gaceta de Madrid bajo el epígrafe Londres, durante una visita, a San Joaquín, del Gobernador Morphy y sus oficiales:

"Desde el Brasil se escribe que los jesuitas de Paracuaria han llevado a tal perfección sus diamantes que es de temer que los brasileños bajen de precio".

Y comenta: "Con qué placer habría yo gastado lo que pudiera si hubiese podido obtener siquiera un pedacito de diamante para cortar los vidrios necesarios en la iglesia. Pero nunca pude hallar a nadie que tuviera alguno o lo quisiera vender. Tenía que contentarme con un pedazo de sílico".

Sigue Dobrizhoffer: "Atribuyen a este país riquezas no porque las posea en realidad sino porque no se resignan a creer a este país del todo desnudo de metales... El ciego soñaba y veía lo que quería..."

La dispersión del oro misionero

Inútil creemos insistir sobre algo ya apuntado; que en ningún momento, en todo el tiempo transcurrido desde la expulsión de los jesuitas hasta hoy, ha sido realizado ningún descubrimiento de ocultos depósitos de oro o plata ni menos aún filón alguno, en lugares misioneros. Un detalle sin embargo que prueba la pertinacia del infundio, lo hallamos en un párrafo de las Instrucciones dirigidas a las autoridades

de las Misiones por Bucareli, no escarmentado con el chasco ya antes referido.

“Averiguará usted de qué parajes extraían los indios de estos pueblos los pedazos (sic) de metales preciosos que en algunas ocasiones solían dar a sus precedentes curas, informándose sobre minas, su situación y qué calidad...”

Obedeciendo a estas instrucciones y sus implícitos derivados, en las Misiones y estancias se realizaron excavaciones, sin resultado alguno. En Paraguarí, no más tarde de 1769, se avisaba al Gobernador haberse encontrado minas de oro abundante a una vara escasa de profundidad. El mineral resultó ser cobre y plomo: quizá pedazos de alguna máquina; pues eran metálicos, y todo quedó en agua de borrajas.

No es imposible que los indios de las Reducciones entregasen “en alguna ocasión,” a los Padres algún pedacito de oro o plata, cuando al acudir a las Misiones grupos de indios con la intención de reducirse, trajeran consigo alguno de esos objetos. Pero ya sabemos que no hay noticia de que en el Guairá, antes de la llegada de los jesuitas ni hasta 1609, se recogiese oro o plata, a pesar de las campanadas que se dieron en 1553 sobre la existencia de oro en esa región.

Y también el oro o la plata que los Padres acumularon bajo la forma de vasos sagrados o alhajas anejas a las imágenes o a la ornamentación estaba destinado a desaparecer. Ese caudal (del que dará una idea el dato de que sólo una iglesia, la de Santa Rosa, cierto que ésta era de las más ricas, acumulase en vasos sagrados y alhajas la suma de 300.000 esterlinas) se disipó como el oro de García o de Ayolas, aunque más lentamente y en forma menos cruenta, en algún caso.

Para comenzar, aunque las instrucciones a los gobernadores interinos de las Misiones se ordenaba que los vasos sagrados adscriptos a cada una de las iglesias siguieran en ellas sirviendo al culto, la orden no fue obedecida conforme debía desde el principio.

Muchos objetos, de ese carácter y no por cierto de los más modestos, "emigraron" y no siempre el despojo fue clandestino. A la vista tenemos la solicitud de una de las Ordenes religiosas de la Gobernación de Buenos Aires que se apresuró (y no fue la única) a pedir pasaran a iglesias de la misma, parte de esos vasos preciosos. Si esta solicitud fue o no atendida, y si atendida, en qué cuantía, no lo sabemos. La cuestión es que ese despojo continuará lentamente hasta entrado el XIX; y se apresura con los conflictos que a partir de 1814 sacuden al Plata. Las Misiones de la orilla izquierda del Paraná son objetos una tras otra de asalto, saqueo e incendio. Se salvan del saqueo cinco Misiones del Paraná, cuyas pertenencias hace Francia trasladar a las Misiones de la orilla derecha, aunque depositando en el Tesoro público los objetos de oro y plata y los ornamentos. Al mediar la tercera década del XIX, ninguna iglesia misionera al oriente del Paraná sigue intacta. De sus tesoros, sólo se conserva lo que de las cinco más cercanas ha puesto a salvo el Dictador.

En esta orilla, por su parte, como la leyenda del oro persistía a pesar del tiempo y las pruebas concretas, pronto comenzaron los hechos vandálicos. Buscando presuntos tesoros escondidos, sacaron la piedra clave de la bóveda del templo de Trinidad, iniciando así tempranamente el desmoronamiento de la preciosa iglesia. Se destruyeron imágenes en cuyo interior se pensaba había ocultos monedas o alhajas. A esta destrucción contribuyó el hecho evidente de la existencia de imágenes huecas con cierre perfectamente ajustado.

Con imágenes de esta clase se realizó, en otras regiones de América, contrabando de oro. Pero acá jamás pudieron cumplir esa misión. Esas imágenes huecas servían de sagraios. En cuanto a otras, excavadas y sin cierre, el hueco servía simplemente para introducir en él elementos de sostén, sobre todo tratándose de imágenes muy pesadas o que debían ser colocadas a gran altura.

El oro en la última etapa colonial

Al finalizar el XVIII los colonos tendrían ya que haber perdido la esperanza de hallar minas en el territorio por ellos ocupado luego de las sucesivas peripecias geopolíticas; y también de descubrir el tesoro de Alí Babá o sea las ocultas riquezas jesuíticas. Y sin embargo, ¿cómo matar el mito unido a las aventuras fantásticas de un García, de un Ayolas, de un Nuflo de Chaves? ¿Un mito que había sembrado de huesos interminables caminos, desiertos y ríos y aduendó los sueños de diez generaciones?

El más mínimo destello, el más tenue resplandor de gusano de luz, el brillo de una viruta de oropel en el suelo, bastaba para reanimar el mito. A lo largo de los años vemos de vez en cuando fulgurar el guiño del oro en un rincón cualquiera del país. Acahay, su cerro y su arroyo, de auríferas arenas, fueron centros preferidos de la fantasía exacerbada por un sueño que no quiere morir. El cerro de Acahay seguía rindiendo oro sólo que nunca nadie pudo mostrar un anillo hecho con ese oro...

De todos modos, en la segunda mitad del XVIII se produce en el Paraguay una entrada de oro de la cual da razón la historia económica de la época.

En efecto, coincidiendo más o menos con la salida de los jesuitas (quizá el hecho se ha iniciado un poco antes) se produce un repunte económico atribuible en parte a la extinción de la competencia comercial misionera, añadida a factores de los cuales tampoco vamos a ocuparnos aquí. Sólo constatar que en esos años hace acto de presencia el circulante metálico. En esta reactivación tienen sin duda papel importante los comerciantes españoles, platenses y otros, que por esos años llegan al país, en número bastante para hacerse sentir social, cultural y económicamente.

Parte al menos de ese circulante es probable entrase desde el Altiplano. Son las monedas de oro bolivianas, no raras

localmente aún en tiempos de los López; simultáneamente con objetos entre los cuales se cuentan cuadros e imágenes cuzqueñas. La iglesia de Tobatí, hoy casi desmantelada, es una prueba de estos contactos. Azara, en sus cartas a España, es bastante significativo, cuando al referirse al propósito metropolitano de abrir un camino entre el Paraguay y Bolivia, dice que el tal camino era ya a esas alturas (1785) "tan transitado como el de Getafe".

Por esa fecha, testimonios numerosos y diversos afirman que en las familias paraguayas eran corrientes las vajillas de plata, aguamaniles, jarras y otras piezas de familiar uso. Esta plata no acuñada, trabajada o no en el país, es lo más lógico suponer que llegase de donde llegaba a las misiones: del Altiplano. Es evidente que a pesar de la repetida pobreza de la Provincia, durante la colonia hubo, por lo menos desde cierta fecha, restos o remanentes en el presupuesto familiar para esa acumulación de metal. Añádanse los testimonios de muchos escritores de la época acerca de la riqueza de las mujeres paraguayas en alhajas de oro, en esa época y después.

En efecto, las más de las mujeres paraguayas, damas o del pueblo, poseían alhajas de valor, con perlas o piedras: esmeraldas, topacios y hasta diamantes. De esa riqueza dan prueba algunos testamentos y luego las colectas realizadas durante la Guerra Grande. Es verdad que entre Francia y esa guerra se extiende un período próspero durante el cual ese patrimonio femenino tuvo bastante ocasión de aumentar. Esa riqueza patrimonial es un hecho positivo y autoriza de nuevo a preguntarse si fueron siempre tan pobres los paraguayos como se dijo lo eran. Pero ya veremos dónde paró esa riqueza.

El oro bajo Francia

Nada se oyo que sepamos en tiempos de Francia en materia de minas de oro y plata y embelecoc anejos; pero

que en esa época hizo presencia abundante el oro amonedado, en el país, es una realidad.

Es sabido cómo llegó el Paraguay a la situación de enclaustramiento que se produjo en esa época y cómo hizo frente a ella con sentido práctico el Dictador. No entraremos pues en detalles. Lo que interesa recordar es que por el puerto de Itapúa sobre el Paraná y por Pilar en Ñeembucú, se exportaba yerba, azúcar, miel, tabaco, pieles, algodón, a cambio de una larga lista de menudencias necesarias para la vida cotidiana y la industria doméstica. Resulta difícil imaginar que pudiera este comercio ser fuente de ingresos relativamente copiosos en oro; y sin embargo, Francia lo consiguió. Lo consiguió mediante disposiciones por las cuales si alguien quería vender algo al Paraguay debía trocar; pero si quería comprar tenía que pagar por lo menos la mitad del valor en oro. Oro acuñado. Y sobre ese oro acuñado hacía pesar el Erario un suculento impuesto. A este fondo se sumó el oro copioso de multas y confiscaciones (entre paréntesis, así se cumplía de nuevo para los individuos la fatalidad que parece aquí acompañar al oro, escurriéndose de las manos de quienes pacíficamente lo habían reunido).

La ley de la oferta y la demanda favorecía al Paraguay y los comerciantes brasileños y argentinos que acudían al puerto de Itapúa o de Pilar, se avenían a pagar en oro con tal de llevarse lo que necesitaban. Y así se explica que al morir Francia dejara en las arcas una cantidad aproximada a los 600.000 pesos oro.

Esa cantidad acumulada de oro acuñado puede hoy parecer poca cosa; entonces era algo considerable; inclusive increíble para el Paraguay. A ese tesoro del Estado se añadió durante los últimos veinticinco años del Gobierno de Francia una cantidad considerable de plata y oro labrados. Provenían esas piezas como sabemos del servicio del culto de diversas iglesias. El primer contingente de las Misiones de la

izquierda del Paraná, desmanteladas por Francia ante la amenaza artiguista. Le siguieron los provenientes de las iglesias de las Ordenes religiosas a raíz de la secularización. Y más tarde otro contingente copioso: el que provino del decreto de Francia según el cual todas las iglesias del país debían entregar al Estado los vasos preciosos, reservándose sólo los indispensables para el culto. Esas piezas se hallaban "en cajas precintadas", por lo cual el primer inventario particularizado de ellas se hizo sólo en 1825. El cómputo entonces hecho arroja 62 arrobas, 19 libras, 13 onzas de plata; dos libras, dos onzas, catorce adarmes de oro. O sea, más o menos 700 kilos plata, cerca de un kilo de oro.

Esta cantidad no varió gran cosa en los años restantes: sólo disminuyó en las pocas piezas con que se dotó a alguna iglesia nueva construida en ese lapso.

El oro bajo los López

Con la cantidad acumulada por Francia pudo Don Carlos Antonio López emprender y desarrollar sin estrecheces durante años su vasto plan de actualización del Paraguay. En oro fueron pagados barcos, rieles, locomotoras, cañones. Documentos de época certifican los envíos entre 1855 y 1864, a la Casa Blyth, de grandes sumas en oro, hasta 200.000 pesos en una oportunidad, en pago de esos materiales, y otros rubros. Casi siempre el portador hasta 1860 fue el Capitán Morice, quien por sus servicios fue gratificado en una ocasión con 1.000 pesos oro. Ya a comienzos de 1864, Blyth comunicaba con diplomáticos eufemismos el "deseo" de los proveedores de no recibir pago que no fuese en oro... Previsores, los Blyth. En oro, hasta 1863, se pagó a los técnicos contratados. De este oro, bastante fue también al exterior, porque más de uno de esos técnicos, que había dejado su familia en Europa, le mandaba parte de su sueldo en metálico.

Al cabo de unos años el oro acumulado por Francia se agotó. Es verdad que esta vez no desapareció sino en apariencia; quedó en el país, bajo la forma de progreso. Pero no deja de llamar la atención cabalística el hecho de que hasta el último momento ese oro, que era aún el de la conquista, fuese a nutrir las arcas inglesas. El oro producto del comercio era insuficiente aún: ello obligó como sabemos a la emisión de papel moneda.

El plan de actualización de Don Carlos, se ha repetido sobradamente, abarcaba todos los aspectos tecnológicos del caso; sólo un aspecto parece haberse postergado; el de la prospección minera; es decir, la investigación de los recursos minerales del país. Esta preocupación sólo se organiza a partir de fines de 1863. Se contrata a un Ingeniero de Minas, Mr. Charles Twite, al cual se encomienda la investigación sobre una lista de elementos que el Gobierno considera indispensables. En esa lista, al lado del hierro, cobre, plomo, carbón, azufre, nitratos, aparece el oro.

La labor de Twite dentro de las limitaciones en que tuvo que desarrollarse, comprobó algo ya sabido: la existencia de hierro, de calidad satisfactoria, pero sólo vagos rastros de algunos de los otros minerales estratégicos (el azufre parece haber sido un hallazgo de última hora).

Su informe deshace la leyenda del oro de Acahay. Leyenda que persiste sin embargo hasta hoy, inclusive en publicaciones donde se asegura que "con oro extraído de ese cerro se doraron los altares de Yaguarón".

Al estallar la guerra, agotado el oro en el Erario, el patriotismo nacional creó un fondo con las colectas de oro.

La dedicada a la defensa nacional —la principal— y las sucesivas del Libro de Oro, del espadín de Mariscal, del tintero, sumadas, dan como resultado una increíble cantidad en alhajas. Demuestran, a la vez que el patriótico fervor de las mujeres paraguayas, su riqueza en joyas, de la que se ha-

bían hecho ya eco los cronistas. Una ojeada a los libros en que aparecen minuciosamente anotados los nombres de los donantes, el carácter de las joyas y su peso, es más elocuente que cuanto al respecto se pueda decir. Es durante la guerra, en 1867, cuando aparecen las primeras monedas de oro acuñadas en el país, con la efigie del Mariscal. No circularon, constituyendo una curiosidad numismática. Obra en Archivo un documento fechado ese año, en el cual las damas paraguayas piden al Mariscal que se utilice para ese objeto parte del oro de la colecta. Ello hace suponer que el oro recogido fue trasladado al Cuartel General. No es imposible sin embargo que quedase en Asunción. En ambos casos, si no salió del país, debió seguir los pasos del Ejército con la impedimenta en que figuraron las pertenencias del Estado: bibliotecas, archivos, etc. Es sabido también que esa considerable impedimenta fue cortada del ejército tras la batalla de Piribebuy, cayendo la mayor parte en manos de los brasileños. Hubo destrucción de una porción de ella (libros, archivo) y saqueo de la otra: alhajas o vajillas o prendas de valor (aunque el comando en Jefe puso coto al saqueo, entregando a la Repartición Fiscal lo rescatado).

Al llegar a Loma (Valenzuela) los brasileños descubren en la casa que era de la madre del Mariscal varias cajas de plata labrada. Se trata según parece de las piezas de iglesia que restaban todavía de las acumuladas por Francia. Ellas fueron entregadas también, según se deduce, al Gobierno Provisorio, quien necesitado de dinero, las remitió a Buenos Aires para su venta en pública subasta. Esta rindió sólo 300.000 pesos; verdad que la venta fue al peso y no se tomó en cuenta el valor artístico, ni las piedras. Como se ve, el metal acumulado por los misioneros, no de minas, sino adquirido con el trabajo del creyente, se pierde también, como documento histórico y artístico, para el país.

Nada dicen los cronistas de esos momentos sobre captura de dinero amonedado o de alhajas. Por otro lado, parte de

la impedimenta siguió camino escapando al enemigo. Unos días más tarde cayeron en poder de éste unas carretas con pertenencias de la Lynch. Tampoco aquí se menciona oro ni plata.

Logró pues aquella parte de la caravana donde presuntamente irían los productos de la colecta, salvarse? En todo caso no hay indicio de que llegara a Cerro Corá, aunque fue en este lugar en donde cayeron en poder del enemigo el Libro de Oro, el Espadín y el Tintero que figuraban en el equipaje personal del Mariscal.

Repetimos: ¿Qué fue del oro de la colecta? Había pasado a Europa en pago de cuentas hechas o de encargos de armas? De ello no hay constancia documental. Aunque cabe esa posibilidad, cuesta creer que, de haber salvado la frontera, no se clarease tarde o temprano su destino o paradero, como se clareó medio siglo más tarde el de objetos entregados a custodia de representaciones extranjeras. Cayó en poder de los aliados en el trayecto de Piribebuy a Cerro Corá? No hay indicio. Ahora es cuando entra en escena el cuento o fábula que es el tesoro del Mariscal.

El tesoro del Mariscal

En efecto, según una tradición que puede ser tan verosímil o tan fantástica como otra tradición cualquiera, el jefe que escoltaba las carretas con el tesoro y que después de Piribebuy seguía las huellas del Mariscal, en cierto momento de la marcha (se habla de la picada de Chirigüelo) desvió el rumbo de las carretas separándose del ejército; y penetró en el monte. Allí el mismo jefe —la tradición cita inclusive su nombre— descargó los cajones o baúles; hizo excavar una profunda zanja y los enterró. (Existe una versión según la cual el tesoro fue sepultado en el lecho de un río, jornadas más allá de Piribebuy). Tras lo cual (seguimos simplemente

la tradición) eliminó al mejor estilo pirata a todos los custodios y testigos, quedando así único sabedor del secreto.

Se comprende que su propósito sería retomar en cuanto, terminada la guerra, las circunstancias fuesen propicias; y recuperar, ya para el Mariscal, ya para sí, el tesoro. Pero al parecer no vivió para rescatarlo; o si vivió y regresó, no supo encontrar ya el lugar. Y el tesoro continuó oculto; hasta hoy. Como el tesoro de García, o el de Ayolas, en otra línea, ese tesoro parece haberse desvanecido para siempre. Como se desvanecieron los ahorros y caudales de familias paraguayas o no confiadas a manos entonces seguras. De éstos, sin embargo, alguno, milagrosamente, regresó, como más adelante se dirá. Quizá valga la pena recordar el caso de Nesbitt y Hunter, embarcados, pocos días antes de Cerro Corá, con sus sueldos duramente ganados; desaparecidos sin rastro, y ese oro con ellos.

Por otra parte no faltan otras tradiciones o leyendas que insisten en que tales tesoros jamás salieron del área cubierta sobradamente por la Asunción de hoy. En otras palabras, el tesoro habría sido enterrado donde menos lo habría buscado nadie: en lo que hoy es la populosa Villa Morra (entonces soledad silvestre) en la propiedad de un tal Cáceres.

Así el tesoro presuntamente enterrado hace mucho más de un siglo continuó tentando la fantasía y urgiendo esporádicamente el apetito de codiciosos y aventureros. Más aún: su fiebre pasó la frontera, se propagó al exterior. Hasta se formó alguna empresa que pidió permiso al Gobierno para su investigación. Ya en 1882 un señor francés, Jean Brunner, había buscado el tesoro de López, pero no por la picada de Chirigüelo, sino más cerca, en los bajos de la Recoleta (quinta de Cáceres, ya aludida, perteneciente ahora a un señor Esteban Mendinadou). Por supuesto, nada encontró.

El año 1884, otro señor, llamado Richard Henry, fue enviado (según noticia inserta en EL HERALDO capitalino) por la mismísima señora Lynch "para desenterrar varios tesoros que ella había dejado en varios puntos del país". De ser cierta esta delegación de poderes, la existencia del "entierro" antes comentado, u otro por el estilo, quedaría confirmada. A juzgar por la misma noticia, habría dicho señor conseguido permiso para buscar y, eventualmente, sacar a luz uno por lo menos de los depósitos.

Y aquí terminan los datos. Desde luego la información en sí misma tiene más agujeros que un colador; ya que es difícil, para no decir imposible, que este señor Henry, con tal publicidad por delante, pudiese ponerse a desenterrar una mandioca sin llevar tras sí una cola de observadores visibles o invisibles más larga que la del cometa Halley. Y si llevó a cabo alguna exhumación, tuvo que hacerlo tan oculta y discretamente que a lo mejor ni él mismo se enteró, aunque, por supuesto, de haber en efecto desenterrado algo, imposible que tarde o temprano no se supiese, en un país de atmósfera tan transparente.

En suma, si ese tesoro salió del país, lo del entierro es positivamente leyenda. Si no salió del país, y efectivamente asumía esas dimensiones, es fuerza admitir que las versiones de una preventiva ocultación cobran más relieve; y sería posible que ese tesoro estuviese aún en algún rincón de la picada de Chirigüelo esperando el momento de relumbrar al sol.

Esta tradición del tesoro del Mariscal es parte integrante —y de por sí definitoria— de la gran corriente tradicional, ya caracterizada en folklore, de la "plata yvyguy".

La plata yvyguy

La psicología creada por la guerra y su estiaje demográfico, que destruyó gran parte del caudal de tradiciones, y

enterró, con sus gentes, tanto de su "sabiduría popular", aparejó por otro lado la aparición de una nueva surgente de relatos, supersticiones, anécdotas, tradiciones —folklore en estado naciente— entre las que figuran en primer lugar los que se refieren a tesoros enterrados o "plata yvyguy".

Esta tradición tiene, por supuesto, su fondo real.

En marzo de 1868, cuando la escuadra brasileña rebasando el reducto de Humaitá que la había detenido durante tres años, subía ya hacia la capital, la población de ésta, entonces ya reducida mayoritariamente a mujeres, niños y ancianos, dejó sus hogares, para seguir los pasos del ejército en retirada. Al ausentarse, algunas de esas familias—seguramente no tantas como la tradición pretende— las que no entregaron su peculio a representantes extranjeros, enterraron su platería, el ya escaso metal amonedado y pocas joyas, bajo el solado o en los patios de sus casas, esperando rescatarlos a su regreso. Quizá algunos tuvieron oportunidad de hacerlo, pero otros no pudieron, porque hubo familias taladas hasta la raíz o cuyos supervivientes no conocían el secreto.

Así es como más tarde, al construir un edificio, demoler uno viejo o simplemente excavando en cualquier jardín o patio, se diera a veces con alguno de esos depósitos olvidados. Nunca fueron sin embargo, repetimos, estos hallazgos tantos como la imaginación popular se complace en describir. Pero es lógico que un hallazgo de ese género fuese siempre muy agradable para quien lo hacía. Como sucede siempre en épocas de penuria, cuando no existen loterías para empujar con ellas una químera, hubo quienes cifraron su esperanza de salir de la miseria en encontrar uno de esos entierros. Y más de una fortuna local de posguerra debida al trabajo empeinado, fue atribuida por los envidiosos o desengañados al hallazgo de "plata yvyguy". Como en el caso de los jesuitas, vemos aquí funcionar el viejo mecanismo psico-

lógico; la desconfianza respecto a la eficacia del trabajo para salir de pobre.

Por mucho tiempo se siguió haciendo preocupación y hasta ocupación de la búsqueda de entierros. Lo prueba que se dictasen medidas disponiendo que para efectuar excavaciones había que pedir permiso, y el Estado debía recibir su parte. Aunque a veces la Prensa ironizaba sobre el "delirium monetarium" aconsejando plantar mandioca mejor que buscar entierros, a cierto nivel la obsesión continuaba.

Y siguió tejiéndose en torno a la "plata bajo tierra" la enmarañada e irisada telaraña de la fantasía. Se atribuyó al "póra" (duende o ánima) la misión de señalar a las gentes gratas el lugar de un entierro, recompensándolas así de algún bien hecho, o simplemente por "simpatía personal". Se creó un código o clave del lenguaje de los póras, para interpretar las misteriosas señales o avisos; fuegos fatuos o fluctuantes luces fosfóricas que corren a ras de tierra, por ejemplo.

La tradición de la plata yvyguy ha dado a su vez pábulo a mil casos y consejas a veces grotescos, a veces trágicos. Y tampoco faltan los casos "ejemplares" con moraleja. Así el cuento del que desentierra un cantarito y creyendo contenga un "payé" lo tira por encima de la cerca a casa de su vecino sospechoso: el cántaro se quiebra y descubre el puñadito de onzas que guardaba en el fondo; el suspicaz regala, sin saberlo, a su vecino la fortuna que estuvo en sus manos.

El oro del Mbaracayu

En 1877 cuando apenas han empezado a salir del país las tropas de ocupación, se produce una mañana en Asunción el gran revuelo con la noticia publicada por el periódico EL PUEBLO. Se ha descubierto oro en Caacupé. Nada

menos. La noticia no obstante tras tintinear falsamente en los oídos no prosperó. Más prolongado fue el eco de la campanada del oro en el Mbaracayú, casi simultáneamente con la otra de Caacupé. Esta noticia sí que se prolongó su estela por meses, en insólita tesitura de optimismo o de entusiasmo.

“No pasará mucho tiempo —decía al principio, al grito de MBARACAYU, el mencionado periódico— para que veamos por todas partes oro en montón; tal la abundancia de este metal en aquellas áureas montañas, donde no hay más que llegar y cargar”. Y en esta tesitura seguía. Estas líneas sin embargo en ocasiones parecen más bien encubrir en su euforia exagerada una vaga ironía. Leyendo los sueltos que jalonan los incidentes de la nueva aventura, no resulta fácil discernir satisfactoriamente si ellos están de veras oreando optimismo o haciendo burla de los encandilados gambusinos.

La prolongación de las noticias por otra parte parece sugerir que por lo menos para un sector crecido de la población y para los actores por supuesto, ellas no tenían nada de fábula; aunque no faltarían los incrédulos o los escépticos.

Pero es lo positivo que existió una SOCIEDAD DE MINERALES DE LAS SIERRAS DEL AMAMBAY Y MBARACAYU, en la cual desarrolló importante, quizá decisiva gestión, el Coronel Wisner. Innecesario creemos presentar a este personaje, colaborador en la defensa nacional, amigo fiel de Madame Lynch, autor de la primera biografía del Dr. Francia. Wisner, prisionero y liberado, había regresado al Paraguay; y el espíritu aventurero que le trajo desde la remota Hungría a identificarse con la suerte del Paraguay, halló un nuevo incentivo en la búsqueda del Vellochino.

Wisner se trasladó al Mbaracayú, a dirigir en persona los trabajos. Con él formó sociedad, pero no por mucho

tiempo, el Coronel Thompson. Según periódicas noticias en la Prensa, el rendimiento de las minas era extraordinario. "Dos onzas y media por cajón" (no indican de qué tamaño). Otra vez el retintín de las noticias deja una ambigua impresión de que la ironía juega un poco con la esperanza. En marzo de 1878 se anuncia el descubrimiento de un nuevo filón: "oro en pajuelas y en lentejuelas: se remiten muestras a Asunción".

Pero el Coronel Wisner fallece imprevistamente el 11 de mayo de ese año; y con su muerte se desvanece simultánea la llamarada de las minas de Mbaracayú. Quizá no sea muy sabida la parte que en la aventura tomó un escritor y político argentino, Lucio F. Mansilla. El autor de *EL TEMPE ARGENTINO*, amigo de Wisner, formó sociedad con éste para la explotación. Aprovechando su designación como gobernador del Territorio del Chaco, "se trasladaba con frecuencia a Asunción" donde escribió varios de sus relatos.

Como una especie de requiem a las fallecidas ilusiones hemos de considerar quizá la comparsa que se presentó en los Carnavales de 1879 intitulada "Mineros del Mbaracayú", letra de Abente y música de Cavedagni. Pudo ser para estos testigos de la época una tentación tomar la cosa como motivo de una broma-carnavalesca. Y ello reforzaría la presunción de que el descubrimiento del Mbaracayú jamás encajó del todo como realidad en opinión de la gente.

El metal que regresa

Cuando la fiebre de la plata yvyguy aún marca punto alto, el oro de la epopeya reaparece y reclama un nuevo capítulo. No es el tesoro del Mariscal. Pero es un tesoro auténtico, si creemos a la Prensa de la época (1925). La noticia viene de Norteamérica. El Gobierno de este país tiene en su poder desde 1868 o antes un depósito de objetos

de plata y oro propiedad paraguaya, que desea devolver a sus legítimos dueños.

En la Prensa asuncena de ese año pueden seguirse las presunciones acerca de quiénes serían esos propietarios; y una razonable explicación de la forma y vía por la cual llegaron a Washington esas riquezas.

Parece afirmarse con visos de seguridad que se trata de depósitos entregados a Washburn, posteriormente confiados por sus dueños o por el mismo Washburn a Chapperon: aunque no hemos encontrado en la Prensa declaraciones de fuente oficial al respecto. La Prensa anticipa maravillas de ese tesoro. Las joyas llegan, por fin. El tesoro aunque modesto, tampoco es de despreciar: se lo evalúa en unos cien mil pesos oro. Pero modesto o no, nadie consigue probar suficientemente sus títulos: al no aparecer pretendiente con la vocación necesaria, se propone que el tesoro pase al Museo de Bellas Artes. Es la última noticia que en la Prensa recogemos sobre el particular, en mucho tiempo. Es posible haya alguna otra que se nos haya escapado, a través de las tremendas ventanas abiertas en los diarios de la época por la tijera de los lectores coleccionistas de recortes. Mucho después, se da la noticia de haber sido depositadas esas prendas en el Banco Central, en donde continúan según se nos dice, y hasta se realizó con ellas una exposición, hace ya varios años.

Recientemente, anotamos otro hecho de auspicioso regreso; el de joyas llevadas al exterior durante la Guerra Grande. El Libro de Oro figuró al parecer entre los pocos objetos que acompañaron al Mariscal hasta Cerro Corá, en donde cayeron en manos del enemigo y fueron llevados a Río en calidad de trofeos de guerra. Allí permanecieron durante un siglo. Por fin al llegar esta fecha la mujer paraguaya, que había prohijado aquellas iniciativas, tomó también sobre sí la de solicitar la devolución del Libro de Oro.

Fue el Instituto Femenino de Investigaciones Históricas, presidida por la dinámica Dra. Idalia Flores de Zarza, la entidad que lanzó esa iniciativa, apoyada por otras entidades importantes, entre ellas la primera la Academia Paraguaya de la Historia. Fueron muchos los pasos que se tuvieron que dar para dar cuerpo y voz eficaces a esta iniciativa, siempre llevando al frente a las mencionadas beneméritas mujeres. Hasta que por fin el día 4 de diciembre de 1975 se realizó la entrega del Libro de Oro al Gobierno paraguayo. La propia Primera Dama del Brasil puso en manos de la Primera Dama del Paraguay esa reliquia, que desde entonces figura entre las más preciadas pertenencias del Museo Histórico Militar.

El oro en la Guerra del Chaco

En la década del 30 la guerra del Chaco golpea otra vez los corazones con el siempre eficaz y vigente aldabón del patriotismo; el llamado Oro para la Victoria colma las arcas fiscales de alhajas familiares; y esa colecta insume a su vez gran parte de las pocas joyas antiguas que aún pudiesen quedar, amén de otras más modernas. El oro de nuevo emprende el camino del exilio: con él se comprarán armas para la defensa nacional. Es hasta ahora la última sangría del metal, transformado, para ser recuperado con creces, material y moralmente: en soberanía, prestigio y orgullo nacionales.

En esta colecta, como en otras, la plata permanece prácticamente intacta. A pesar de todas las disminuciones aún se conservaban bellas piezas, resto de las en un tiempo ricas vajillas familiares. Pero sucesivas vicisitudes llevan también a la consumación de este patrimonio. En el crisol de los joyeros —ajenos a toda preocupación patriótica o artística— desaparecen verdaderas maravillas de orfebrería. Hoy son pocas las auténticas piezas valiosas conservadas.

Los últimos fulgores de un sueño

Hace tiempo que han desaparecido, nominalmente, del ambiente, la leyenda de la Sierra de la Plata, la de Elelín. Sin embargo...

Sin embargo, si bien a estas alturas se sueña poco ya con plata y oro como don del cielo y el suelo, la ley del "nada se crea, todo se transforma" se justifica aquí una vez más. A fines de la década del 30 o principios del 40 resucita en una empresa personal el sueño de la riqueza, bajo la forma de las piedras preciosas. Alguien dice haber hallado diamantes en un lugar del interior de la República. Esta noticia se halla en los diarios de la época al alcance del lector curioso. Tras ocupar en ellos por un tiempo la atención desapareció sin dejar rastro...

Que todavía existe plata yvyguy en raros e impensables sitios, y que hay quien cree rentable la ocupación de buscador de vajillas trasconejadas, lo prueba que aún actualmente se realicen actividades de búsqueda en el país: ahora ya en forma más adecuada a nuestra tecnológica época. Y de ello dan fe avisos en los diarios que todo el mundo puede leer. Hasta se afirma que esos avisantes han tenido personalmente, algún éxito.

Más aún: en 1978 "créase o no" la leyenda del Paititi reaparece y alza su índice desde el Amazonas, más arriba de las fuentes del Paraguay, en los titulares de los diarios. Pero no son paraguayos los promotores. Es una empresa extranjera. Y recientemente vuelve a hablarse de ello.

De todos modos podría ser tomado como hecho simbólico del agotamiento de los sueños de en lo que toca al país, el hecho de que el oro que se busca ahora sea oro "labrado" es decir oro no de minas, sino transformado por la mano del hombre. En algo debe funcionar también, en materias de fantasía, la ley del progreso. Sobre todo cuando esa búsqueda asume la forma menos arriesgada: la del aco-

pio. Léase la Prensa. Es posible que a través de estos gambusinos de mostrador, otra vez el oro emprenda su emigración al exterior sin equivalencia en progreso ni gloria.

Con la reciente publicación de Palmieri sobre Geología del Paraguay, creemos que la cuestión áurea queda definitivamente zanjada. El mapa mineralógico presuntivo, que llega a señalar hasta la posibilidad de minerales radioactivos, no menciona el oro.

Colofón

Después de lo anotado, y después de seguir paso por paso las peripecias y vicisitudes del oro llegado al Paraguay en una u otra forma, no podemos menos de ratificarnos en la tesis en que podría resolverse el título. El oro físico ha sido siempre en el Paraguay un huésped pasajero.

El anotado regreso de joyas hacía tiempo fuera del país, parecería iniciar una etapa nueva en las relaciones con el esquivo metal. Tal vez ahora, en efecto sustraído a su papel corriente de signo de riqueza y de poder, convertido en símbolo más alto: de lo espiritual incorruptible, se resuelva a sernos fiel como lo ha sido siempre el otro oro: el que radica en los valores humanos, que han sido tantas veces nuestra razón histórica de existencia, y de supervivencia al desamparo de las riquezas transitorias.

BIBLIOGRAFIA

- ALVEAR, Diego de.- *Relación Geográfica e Histórica de Misiones*. Colección Pedro de Angelis. Tomo V. Plus Ultra. Buenos Aires, 1970.
- ANGLES Y GORTARI, Matías.- *Los jesuitas en Paraguay*. Librería y Casa Editora A. de Uribe y Cía. Asunción, 1896.
- ARCHIVO NACIONAL, Asunción. Secciones Historia, Nueva Encuadernación y Testamentos. Diversos volúmenes.
- AZARA, Félix de.- *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Dos tomos. Edición facsímil de la de 1847, sin pie de imprenta.
- BARCO CENTENERA, Martín del.- *La Argentina*. Colección Pedro de Angelis. Tomo III. Plus Ultra. Buenos Aires.
- CABEZA DE VACA, Alvar Núñez.- *Naufragios y Comentarios*. Espasa-Calpe, Colección Austral, número 304. Madrid, 1970.
- CARDOZO, Efraím.- *El Paraguay Colonial*. Ediciones Nizza. Asunción, 1958.
- CARTAS ANUAS de Paracuaría del año 1626 y siguientes por el Padre Mastrilli Durán. Edición de Amberes.
- CARTAS DE INDIAS. Madrid, 1873.
- CENTURION, Carlos R.- *Historia de la Cultura Paraguaya*. 2a. edición. Buenos Aires, 1961.
- COLECCION RIO BRANCO, Archivo Nacional de Asunción. Legajos diversos.
- CUNNINGHAME GRAHAM.- *Retrato de un Dictador*. Ed. Interamericana. Buenos Aires, 1943.
- CHARLEVOIX, P. Pedro Francisco Javier.- *Historia del Paraguay*. Madrid, 1914.
- CHAVES, Julio César.- *Descubrimiento y Conquista del Río de la Plata y el Paraguay*. Ediciones Nizza. Asunción, 1968.
- Paraguay. Ediciones Nizza. Asunción, 1968.
- DIAZ PEREZ, Viriato.- *Las Piedras del Guairá*. Obras Completas. Tomo I. Palma de Mallorca. España, 1973.

- DOBLAS, Gonzalo de.- *Memorias de las Misiones y Pueblos Guaraníes*. Colección Pedro de Angelis. Tomo V. Plus Ultra. Buenos Aires.
- DOBRIZHOFFER, P. Martín.- *Historia de los Abipones*. Viena, 1784.
- DOMINGUEZ, Manuel.- *La Sierra de la Plata*. En *Busca del Vellochino: Alejo García*. En *El Alma de la Raza*. Ed. Ayacucho. Buenos Aires, 1946.
- FURLONG, P. Guillermo.- *Misiones y sus Pueblos de Guaraníes 1610-1813*. Buenos Aires, 1962.
- GANDIA, Enrique de.- *Las Aventuras de Jaime Rasquin*. Colección Buen Aire. Ed. Emecé. Buenos Aires.
- GANDIA, Enrique de.- *Historia de la Conquista del Río de la Plata y el Paraguay*. Buenos Aires, 1932.
- GANDIA, Enrique de.- *Historia Crítica de los Mitos en la Conquista*. Roldán y Cía. Buenos Aires, 1929.
- GARAY, Blas.- *Tres ensayos sobre Historia del Paraguay*. Ed. Guaranía. Asunción, 1942.
- GONZALEZ, Natalicio.- *Proceso y Formación de la Cultura Paraguaya*. Ed. Guaranía, 1938.
- GUEVARA, Isabel de.- *Carta a la Reina Gobernadora*.
- GUEVARA, P. José.- *Historia de la Conquista del Paraguay, del Río de la Plata y Tucumán hasta fines del siglo XVI*. Buenos Aires, 1882.
- GUZMAN, Rui Díaz de.- *La Argentina*. Colección Estrada. No. 25. Buenos Aires, 1943.
- HENIS, P. Tadeo Xavier.- *Rebelión y Guerra de los Pueblos Guaraníes*. Colección Pedro de Angelis. Tomo V. Plus Ultra. Buenos Aires, 1970.
- HERNANDEZ, P. Pablo.- *Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*. Gustavo Gill, editor. Barcelona, 1913.
- LEONHARDT, Carlos.- *La Guerra de los Siete Pueblos*. Estudios. Buenos Aires, 1921-24.
- MEAURIO, Ernesto.- *Historia de Villarrica*, 1951.
- MILLE, Andrés.- *Crónica de la Orden Franciscana en la Conquista del Perú, Paraguay y el Tucumán*. Emecé Editores. Buenos Aires, 1961.

- MILLE, Andrés.- *Derroteros de la Compañía de Jesús en la Conquista del Perú, Tucumán y Paraguay 1567-1768*. Emecé Editores. Buenos Aires, 1968.
- MORALES, Ernesto.- *La Ciudad Encantada de la Patagonia*. Colección Buen Aire. Ed. Emecé. Buenos Aires, 1944.
- OVIEDO, Capitán Gonzalo Fernández de.- *Historia General y Natural de las Indias*. Imprenta de la Real Academia de la Historia. Madrid.
- PASTELLS, P. Pablo.- *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*. Madrid, 1912-1949.
- ROJAS, Ricardo.- *Blasón de Plata*. Espasa-Calpe. Col. Austral. Buenos Aires, No. 81, 1941.
- RUBIO, Julián María.- *Exploración y Conquista del Río de la Plata (siglos XVI y XVII)*. Salvat Editores. Barcelona, 1942.
- SANCHEZ QUELL, H.- *Estructura y Función del Paraguay Colonial*. Buenos Aires, 1947.
- SCHMIDEL, Ulrico.- *Derrotero de mi viaje*.
- TECHO, P. Nicolás del.- *Historia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Uribe y Cía. Madrid-Asunción, 1897.
- VAZQUEZ, José Antonio.- *El Dr. Francia Visto y Oído por sus Contemporáneos*. Eudeba. Buenos Aires, 1975.
- WISNER, Francisco.- *El Dictador del Paraguay, José Gaspar de Francia*. Ed. Ayacucho, Buenos Aires, 1957.
- ZUBIZARRETA, Carlos.- *Historia de mi Ciudad*. Emasa. Asunción, 1964.